

CAPÍTULO 11

Newurn y Callerton. — Jorge Stephenson aprende a ser ayudante de máquina.

Obligada á abandonar su humilde morada de Dewley Burn, la familia Stephenson se trasladó á otro lugar llamado Joly's Close, á algunas millas más al Sur, á corta distancia del pueblecito de Newburn donde se acababa de abrir otra mina de carbón, propiedad del duque de Northumberland.

Uno de los antiguos habitantes de los alrededores, que conoció bien á la familia, describe el hogar donde vivió, como una casita pobre, compuesta de una sola pieza, en que el padre, la madre y los seis hijos, cuatro varones y dos hembras vivían reunidos. Aquella sola habitación servía de sala, cocina, comedor y dormitorio; para todo, en una palabra.

Los hijos de la familia Stephenson iban siendo ya crecidos y algunos de ellos tenían bastante edad para poder ganar algo en las diferentes ocupaciones que proporciona el trabajo de las minas. Jaime y Jorge, los dos hijos mayores, trabajaban como ayudantes de fogonero y los dos más jóvenes se dedicaban á un trabajo menos rudo en tanto que las dos muchachas ayudaban á su madre en los quehaceres domésticos.

En las inmediaciones se abrieron otras minas y

Jorge pasó á una de ellas con el cargo efectivo de fogonero. En la mina tuvo por compañero á un joven llamado Coe, y allí trabajaron juntos uno o dos años, relevándose cada doce horas, sin que el jornal del primero llegara á pasar de un chelín. Como Jorge sólo tenía quince años, su ambición por el momento se limitaba á ser considerado como un adulto y ganar el jornal de un hombre, á cuyo fin procuró adquirir el mayor conocimiento posible de la máquina, y con ello ponerse en condiciones de ascender á ayudante y mejorar así el salario. Sus compañeros lo tenían por un joven formal, sobrio y trabajador, pero nada más.

Una de sus ocupaciones favoritas en las horas que le dejaba libre el trabajo, era el dedicarse á ejercicios de fuerza con sus compañeros. Aunque su constitución no era muy robusta, era de elevada estatura, huesoso y para su edad no estaba desprovisto de energía. Tirando el martillo, Jorge no tenía competidor: En levantar pesos de importancia tampoco encontraba muchos rivales que le aventajaran, demostrando con los ejercicios que hacía, una fuerza muscular poco común.

Al cerrarse el pozo de Mid Mill, Jorge y su compañero fueron enviados con la misma ocupación á otra mina cerca de Throckley-Bridge, donde pasaron algunos meses. Allí le elevaron el salario á doce chelines á la semana; esto fué un acontecimiento de gran importancia para él. Al salir de la oficina el sábado por la noche en que recibió e aumento de salario, se lo participó á sus compañeros, agregando triunfalmente: « ¡ Ya he llegado á ser un hombre ! »

El pozo abierto en Newburn, en que trabajaba el viejo Roberto Stephenson, no respondió á lo que de él se esperaba y tuvo que cerrarse, haciéndose una nueva perforación en Watter-row, en una faja de tierra que se extiende entre el tranvía de Wylam y el río Tyne, á media milla al oeste de la iglesia de Newburn. Se estableció una bomba de vapor, por disposición de Roberto Hawthorn, maquinista del duque. Stephenson padre, fué á trabajar en ella, como fogonero y su hijo Jorge como ayudante de máquina. Este tenía á la sazón unos diez y siete años; edad verdaderamente temprana para desempeñar cargo de tanta responsabilidad. De este modo aventajó á su padre en la profesión que había adoptado, pues el puesto de ayudante se considera de más importancia que el de fogonero, por requerir más conocimiento práctico y más destreza, siendo mejor retribuido generalmente.

La obligación de Jorge era la de vigilar la máquina, ver si funcionaba con regularidad y si las bombas desempeñaban bien su cometido. Cuando descendía el nivel del agua en el pozo y la succión se hacía incompleta, su deber era descender, para sumergir de nuevo el extremo del tubo, á fin de que siguiese aspirando la bomba. Si llegaba á pararse la máquina, á causa de cualquier accidente que no estuviera en su mano remediar, su obligación era llamar al maquinista para que reparara el defecto.

Desde que Jorge Stephenson ocupó el puesto de fogonero y en particular, desde que ascendió á ayudante de máquina, se aplicó con tanta asidui-

dad como provecho al estudio de la máquina y su combinación, desarmándola en las horas de descanso, con objeto de limpiarla y hacerse perfecto cargo de todas sus partes. Pronto adquirió un completo conocimiento práctico de su construcción y modo de funcionar, siendo muy raro que necesitara pedir ayuda al maquinista de la mina. Su máquina se convirtió en el objeto de mayor afición y atractivo para él, no cansándose nunca de contemplarla é inspeccionarla con interés.

No cabe duda que en una máquina hay algo peculiar que fascina a la persona cuya misión es vigilarla y cuidar de su funcionamiento. Una máquina es casi sublime por su incansable, industrioso y regular trabajo ya que es capaz de ejecutar la obra más gigantesca y sin embargo es dócil y obediente hasta á la mano de un niño. Nada de extraño tiene, por lo tanto, que el trabajador, que es el compañero constante de la máquina, que parece casi dotada de vida, y está constantemente á su cuidado, concluya por mirarla con una especie de afecto personal. Esta contemplación diaria de la máquina de vapor, así como de su regular funcionamiento, constituye un verdadero medio educativo para el hombre reflexivo y de ingenio. Es un hecho notable que casi todas las mejoras introducidas en las máquinas se han realizado no por filósofos y hombres de ciencia, sino por trabajadores mecánicos y similares. Casi pudiera decirse que es esta una rama de la ciencia práctica, en la cual las elevadas facultades del entendimiento humano, han de subyugarse al instinto mecánico.

Stephenson tenía ya diez y ocho años, pero como otros muchos de sus compañeros de trabajo, aún no había aprendido á leer.

Lo único que podía hacer era buscar á alguien, que le leyera algún libro ó trozo de periódico que encontrara á mano, mientras él estaba al pie de la máquina. En aquel entonces Bonaparte invadió Italia y asombraba á Europa con sus brillantes y sucesivas victorias; no habiendo un oyente más entusiasta de tales proezas, según la prensa las refería, como el jóven ayudante de máquina del pozo de Water-Row.

Además, los periodicos publicaban numerosos sueltos de información, que excitaban el interés de Stephenson. Uno de ellos se refería al sistema egipcio de incubar los huevos de las aves por medio del calor artificial. Lleno de curiosidad respecto á todo lo que se relacionaba con los pájaros, determinó hacer una prueba práctica. Aprovechando la estación primaveral, visitó en las inmediaciones los nidos de los pájaros, reuniendo una colección de huevos de distintas especies, que colocó en un lugar, bien caldeado, de la sala de máquinas; los cubrió con lana y esperó el resultado. Pero aunque procuró que el calor fuera lo más regular posible y se les variaba de posición cada doce horas y en alguno de ellos llegó á formarse el pollo, la operación no llegó á realizarse por completo. El ensayo fracasó; pero este experimento demuestra que la mente investigadora del jóven se hallaba en plena actividad. El modelar máquinas de barro continuó siendo una de sus ocupaciones favoritas, tomando como tipo las que

había visto, así como las que sólo conocía por las descripciones. Entonces la obra era superior á la que realizó en la laguna de Dewley Burn, cuando era pastor y se dedicó á ella por primera vez. Su anhelo presente consistía en tener algún conocimiento de las máquinas de Boulton y Watt, y averiguó que las descripciones detalladas se hallaban en libros á los que era necesario acudir. Pero ¡ay! Stephenson no sabía leer, ni siquiera las letras que formaban su nombre.

Así pues, cuando se dedicó con afán á ensanchar sus conocimientos, comprendió, que no era posible, dar un paso más en el camino que conducía á ser hábil obrero sin dominar el maravilloso arte de la lectura, que es la piedra angular en que se basa toda instrucción. A pesar de ser ya un hombre y hacer el trabajo de tal, no se avergonzaba de confesar su ignorancia é ir á la escuela á aprender las primeras letras con los niños. Sin duda juzgó acertadamente que al dedicar una pequeña parte de su mezuino salario á instruirse, obraba cuerdamente, porque cada hora pasada en la escuela había de contribuir poderosamente á aumentar el jornal.

Su primer maestro fué Robin Cowens, que tenía una pobre escuela en la aldea de Walbottle, donde daba una clase nocturna á la que asistían algunos hijos de los mineros que vivían en las inmediaciones. Jorge tomaba lecciones de lectura pagando al maestro tres peniques á la semana; El sistema de enseñanza dejaba mucho que desear, pero los deseos de aprender del jóven, eran tan grandes, que pronto leyó con bastante corrección. También

empezó á trazar palotes y á la edad de diez y nueve años estaba orgulloso de poder firmar por sí mismo.

Un dómine escocés, llamado Andrés Robertson, estableció una escuela nocturna en el pueblecito de Newburn, el invierno de 1799. Esta escuela ofrecía más ventaja á Jorge, por estar más cerca del lugar donde trabajaba, pues se hallaba solo á algunos minutos de Jolly's Clossé. Además, el nuevo maestro pasaba por ser un buen matemático; siendo éste un ramo de la enseñanza que el jóven deseaba vivamente adquirir. De acuerdo, pues, con tal propósito, empezó á recibir sus lecciones pagando cuatro peniques á la semana. Roberto Gray, el menor, que era fogonero de la misma mina, empezó á aprender aritmética en la misma época y dijo después al autor de estas líneas, que Jorge dominó la aritmética, con tal rapidez, que él apenas podía explicarse cómo se podía obtener semejante resultado. No obstante haber empezado los dos al mismo tiempo, al final del invierno, Jorge dominaba la « reducción », en tanto que su compañero continuaba luchando con las dificultades de una división sencilla.

El secreto de Jorge era su perseverancia: en las horas libres se dedicaba al estudio é incluso al pie de la máquina, fijaba su atención con interés en los problemas de aritmética desarrollados en la pizarra por el maestro. Por la noche presentaba á éste el resultado obtenido y Robertson le planteaba otros problemas para que los estudiara al día siguiente. De este modo el progreso fue rápido y con buena voluntad y claro entendimiento, adelantó mucho en aritmética. El referido maestro

estaba tan orgulloso de su discípulo que cuando poco después se cerró el pozo y Jorge se trasladó á Black Callerton, para trabajar allí, el pobre maestro, no contando con una base muy sólida en Newburn, se fué también con sus discípulos y estableció allí su escuela, en la que continuó su trabajo normal.

Jorge se ingenió para que le sobrara tiempo para atender á sus animales favoritos, en tanto que trabajaba en el pozo de Water-Row. Como su padre, se dedicaba á domesticar los pajarillos, que aprendían á saltar y volar en torno suyo, mientras estaba al pie de la máquina, atraídos por las migas de pan que economizaba de su comida. Su amigo predilecto era un perro muy inteligente, que casi diariamente le llevaba la comida al pozo. La fiamblera que la contenía, iba colgado al cuello del animal, el cual, así cargado, marchaba fielmente de Jolly's Clossé á Watter-Row, atravesando la aldea de Newburn sin desviarse, ni hacer caso de los otros perros que salían á ladrarle al camino. Este modo de aprovisionarse no dejaba de ofrecer cierto riesgo: un día, un perro grande de un carnicero apercibiendo al otro que se aproximaba con su carga pendiente del cuello, se arrojó sobre él, y después de una lucha encarnizada, su amo lo vió llegar cubierto de sangre, pero victorioso. La fiamblera continuaba aún en su sitio, pero la comida había desaparecido, derramada durante la lucha. Aunque Jorge tuvo aquel día este quebranto, experimentó en cambio la satisfacción de saber, al decir de sus convecinos, lo bien que se había portado el perro.

Trabajando en Watter-Row, aprendió á echar á andar y parar la máquina, cosa que deseaba vivamente saber, por ser uno de los cargos más importantes de la mina y de los mejores retribuídos. Como se colocara una pequeña máquina elevadora para sacar el carbón del pozo, y Guillermo Coe, su amigo y compañero de trabajo, se hiciera cargo de ella, éste con frecuencia dejaba á Jorge que hiciera ensayos instruyéndolo en el modo de manejarla. Esto, sin embargo, encontró entre alguno de los demás trabajadores, alguna oposición. Uno de ellos llamado Locke, llegó hasta el extremo de hacer parar el trabajo en el pozo, al designarse á Stephenson para que se hiciera cargo de la máquina.

Un día, sin embargo, al ver Coe que se aproximaba el señor Carlos Nixon, encargado de la explotación, adoptó una resolución que puso término á la dificultad; llamando á su amigo para que fuera á la sala de máquinas y ocupara su lugar, Locke, al ver esto, como de costumbre, se sentó, suspendiéndose el trabajo del pozo. Al ser interrogado por el jefe para que diera una explicación, dijo que el joven Stephenson no podía desempeñar ese cargo, y que además, nunca aprendería, porque era muy torpe. El señor Nixon á pesar de la protesta ordenó á Stephenson que continuara trabajando y éste, después de alguna práctica adquirió el conocimiento que deseaba.

Jorge y Coe después de trabajar en la mina de Watter-Roy y otras cerca de Newburn, durante tres años, fueron á Black Callerton en los comienzos de 1801. Aunque Stephenson nó tenía más

que veinte años, sus patronos formaron tan buen concepto de él, que le confiaron el cuidado de una máquina en la mina Dolly. Por conveniencia particular se hospedó en casa de un labrador del pueblo, al que pagaba un tanto semanal por la habitación solamente, quedando á su cargo la cuestión de la comida. Ocurre con frecuencia que los mineros jóvenes eligen su alojamiento de tal modo, que más tarde ó más temprano, acaban casándose, con la hija del dueño de la casa; siendo esta la verdadera causa que hace que los muchachos abandonen el hogar doméstico, por más que se pretenda lo contrario.

Los deberes de Jorge Stephenson, como encargado de la máquina, pueden describirse de modo suscito: consistían en atender al trabajo del motor y de la maquinaria que servía para sacar el carbón del pozo. Los encargados se eligen invariablemente entre aquellos que han hecho una gran práctica como fogoneros de máquinas y están bien acreditados por sus buenas cualidades en general. En tiempos de Jorge Stephenson, se sacaba el carbón en cubos ó grandes banastas de mimbre. Los primeros se colocaban juntos en un cajón entre el cual y las cuerdas destinadas á elevarlo, había generalmente de quince á veinte pies de cadena. Una campana indicaba la llegada de los cubos á la boca del pozo, campana que la misma máquina hacía tocar automáticamente.

Al sonar las campanadas, el encargado moderaba la marcha del motor por medio de un manubrio relacionado de tal modo con las válvulas de vapor,

que por ese medio podía disminuir la velocidad pararlo o echarlo á andar á voluntad.

Al volante iba unido un gran freno de madera que funcionaba ejerciendo presión sobre la llanta ; algo parecido á los que tienen los coches de ferrocarril. Al presentarse á la vista la cadena unida á la caja de los cubos, el encargado de la máquina no tenía más que oprimir un pedal que se hallaba al alcance del pie, para detener las revoluciones de la rueda y parar la ascensión de los cubos á la boca del pozo, de donde se les tomaba para descargarlos en un lugar destinado al efecto. Una vez reemplazados los cubos llenos por otros vacíos, era deber del encargado, hacer que la máquina efectuara el trabajo inverso, bajando los cubos al pozo para volverlos llenar.

Amenizó algo la monotonía de este trabajo cambiando de turno, es decir, trocando la guardia de día por la de noche. Entonces su deber consistía en bajar y subir á la mina hombres y materiales. Casi todos los trabajadores entraban en el pozo durante la guardia de noche, y salían en el último tercio del día, mientras se procedía á la extracción del carbón. Como las necesidades del servicio durante la noche eran relativamente escasas el encargado de la máquina podía disponer de mucho tiempo libre, que empleaba en lo que mejor le parecía. Jorge desde un principio se acostumbró á dedicar esas horas de la noche á la resolución de los problemas que el maestro le había planteado en la pizarra, á hacer algunos ejercicios de escritura y á componer los zapatos de sus compañeros de trabajo. El salario que ganaba entonces se

elevó hasta una libra y quince chelines y dos libras por quincena. A esta ganancia pudo añadir paulatinamente algo más, primero como zapatero remendón y después fabricando calzado nuevo.

Lo que probablemente sirvió de estímulo para agregar al suyo este nuevo trabajo, fué el afecto que ya en aquel tiempo profesaba á una joven llamada Francisca Henderson, que desempeñaba el oficio de sirvienta en la casa del labriego donde se hospedaba. Según nuestros informes, los atractivos personales de la joven, á pesar de no ser despreciables, no eran muy dignos de admiración.

No obstante, Guillermo Fairbairn que después la vió en su casa de Willington Quair, dice que era una mujer muy primorosa : su trato era afable y los que la conocieron acostumbraban á elogiar su encantadora modestia, sus finos modales, su bondad innata y su buen sentido.

Entre los muchos zapatos viejos que le enviaban para remendar á Callerton, Jorge fué agraciado en una ocasión con los de su novia. De sobra se comprenderá el placer con que pondría manos á la obra y la satisfacción con que la ejecutaría. Un íntimo amigo de Stephenson, refirió que un domingo por la tarde una vez terminado el remiendo se guardó los zapatos en el bolsillo y sacándolos de cuando en cuando, exclamaba : « ¡ He hecho una obra maestra ! ».

Al poco tiempo de haber empezado á ejercer el empleo de encargado de máquina en Black Callerton, tuvo una disputa con un minero llamado Eduardo Nelson, hombre díscolo y pendenciero, que era el terror de la población ; además, era un boxea-

dor acreditado, por lo que se consideraba peligroso cuestionar con él. Parece que Stephenson tuvo la desgracia de no sacar del pozo al bravucón Nelson á su entera satisfacción, y el minero le apostrofó duramente por la pretendida torpeza con que paraba la máquina. Jorge se defendió apelando al testimonio de otros trabajadores; pero como Nelson no estaba acostumbrado á que se le replicara, después de un vivo altercado, acabó por desafiar á su contrario, Stephenson animoso aceptó el reto y se fijó el día en que debía tener lugar el encuentro.

En la aldea fué grande la excitación cuando se supo que Jorge Stephenson había aceptado, recogiendo, como generalmente se dice, el guante que el otro le arrojara. Todos creían que su arrogancia le costaría la vida; pero los habitantes, y en particular la gente joven y los niños, entre los que Jorge tenía gran popularidad, deseábanle buena suerte, aunque pocos se atrevían á manifestarlo, por el temor que su contrincante inspiraba. Esto hizo que muchos fueran á verlo, mientras estaba al pie de la máquina, para informarse de si verdaderamente era cierto lo que se decía respecto al duelo proyectado; á lo que él contestaba: « no os preocupéis por mí, iré y cumpliré con mi deber ». Y así lo hizo.

Nelson durante algunos días antes del combate, interrumpió por completo el trabajo con objeto de hallarse descansado y con fuerzas. Su competidor en cambio continuó diariamente el suyo, sin preocuparse lo más mínimo de las consecuencias que aquello pudiera tener. En la noche convenida, cuando Jorge hubo terminado la jornada, fué al

lugar indicado donde ya le esperaba su rival. Llegado al terreno, Jorge se desnudó, poniéndose en guardia como un hábil pugilista, á pesar de ser aquella su primera y última lucha. Pero no pasó mucho rato, después de haberse entablado la contienda, sin que los fuertes músculos de Stephenson y el desarrollo que había adquirido ejercitando sus fuerzas, le permitieran castigar severamente á su adversario, obteniendo una fácil victoria. Esta anécdota se refiere para dar una idea del valor y energía de nuestro biografiado como uno de los rasgos personales que le caracterizaban.

No era pugilista ni partidario de querellas, pero no estaba tampoco dispuesto á dejarse imponer por el matón de la mina y le hizo frente. Allí terminó la cuestión: se estrecharon las manos y fueron después buenos amigos. Más adelante, el temple de Stephenson se puso á menudo en evidencia en duras y empeñadísimas pruebas aunque de distinto modo.

En sus luchas con los mangoneadores del mundo ferroviario, demostró igual valor que el que dió á conocer en su encuentro con Eduardo Nelson, el minero boxeador de Callerton.